—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.

—Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento.

—Es pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca.....

Gran gusto recibían los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

—Digo así, dijo Sancho, que estando como he dicho, para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole:

—Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose Don Quiote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa porque Don Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á Don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que Don Quijote respondió:

—Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede?

—No sé, dijo Sancho Panza, á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo menos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.

—¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque.

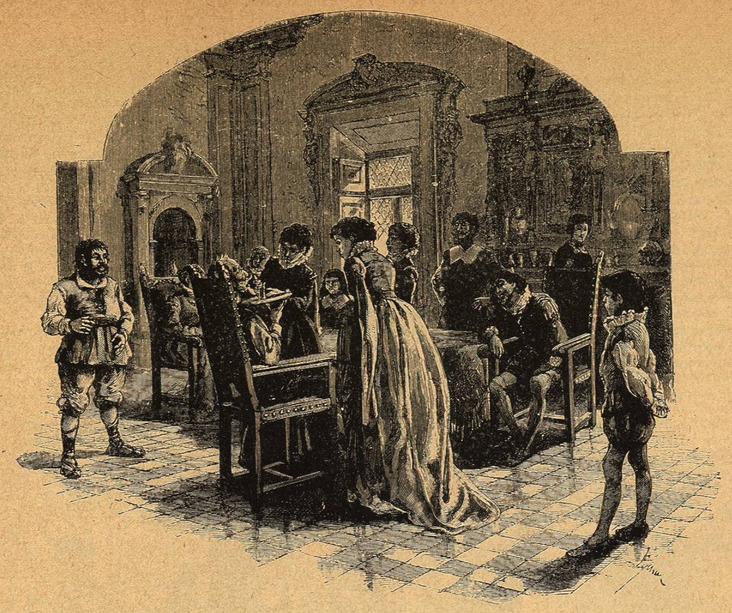
—Y cómo si la he visto, respondió Sancho: ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantatorio? Tan encantada está como mi padre.

El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y entorándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo:

—Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes, y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen.

¿En dónde nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pie, y dijo..... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.



CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

LEVANTADO, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios.

Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto.

Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi á casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino á trochemoche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?

Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviérala por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.

Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.

—Bien por Dios, dijo Sancho, no diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo: y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el duque, que yo en nombre del señor Don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los pies á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino además, diciendo:

—Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuetra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir más ni comer más se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado. Acabó de reir, y dijo á Don Quijote:

—Vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque perece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agra-